

das las cosas, y aun á celebrar en su honor una función eucarística y de desagravios.

La verdad es que acerca de todo esto, así como acerca de cuanto en su sistema de vd. tiene que ver con la moral y con las ciencias sociales y políticas, hay muchísimo que decir todavía, y más importante que lo dicho hasta ahora; pero yo estoy cansado de escribir sobre tan arduas cuestiones, y vd., y el público á quien comunico las cartas que á vd. escribo, recelo yo que estén cansados de estas filosofías que voy enjaretando. Dejémoslas, pues, al menos por ahora, y ya veremos si más adelante vuelvo á escribir á vd. sobre su libro, con más serenidad y reposo. Entre tanto, aunque disto mucho de haber expuesto aquí toda la doctrina que el libro contiene, y de haberla juzgado, ya creo que doy alguna idea, así de la doctrina como de lo que pienso acerca de ella. Solo añadiré hoy cierta alabanza, que lo es para un escéptico como yo, aunque para vd. no lo sea. Su libro de vd. no convence, pero entretiene. Luce vd. en él su brillante imaginación, y llena no pocas de sus páginas de elocuentísimas frases. Ya esto es mucho, y yo le doy por ello mi más cumplida y cordial enhorabuena.

Créame su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

JUAN VALERA.

ARTICULOS CRITICOS

EL PERFECCIONISMO ABSOLUTO

BASES FUNDAMENTALES DE UN NUEVO SISTEMA FILOSOFICO
POR

JESUS CEBALLOS DOSAMANTES

I

Los estudios filosóficos requieren gran fuerza de inteligencia, atención para analizar los detalles, orden para distribuirlos, método para investigarlos, ilustración y facultades para generalizarlos y sintetizarlos, y sobre todo, completa abstracción del *amor propio*, ó mejor dicho, de apego sistemático á las propias ideas, á fin de no fanatizarse con un *sistema*; porque en definitiva, la filosofía del porvenir no será un sistema filosófico, será simplemente: Filosofía.

Los conocimientos humanos no están en la actualidad en el estado de perfección á que deben llegar para que esta ciencia se desnude del espíritu sistemático,

y tenemos que conformarnos con las fórmulas sistemáticas, mientras no conozcamos las verdades positivas, que abundan en todos los sistemas filosóficos, al lado de los errores que son patrimonio natural de la falta de conocimientos, y cuya falta se suple con fantásticas hipótesis. La discusión entre los sistemas da los mismos resultados que la disputa entre las religiones, tan hermosamente retratada en "La meditación sobre las Ruinas," por Volney. En este juego no se apuesta, sin embargo, más que el *amor propio*, y por consecuencia, es á las religiones como el juego de azar al ajedrez. Por lo mismo, Voltaire tenía más afición á los filósofos que á los teólogos, y toda gente sensata debe ver con menos temor un nuevo sistema filosófico, que una nueva religión. En filosofía nadie se ha batido por sus opiniones, aunque siempre se da el caso de que ninguno se convence. En esta inteligencia, voy á decir algo sobre *El Perfeccionismo Absoluto* que ha publicado el Sr. Jesús Ceballos Dosamantes, para establecer las "Bases fundamentales de un nuevo sistema filosófico."

La crítica no versará sobre que no es un sistema nuevo. En el arte literario la novedad es necesaria; en filosofía, por el contrario, solamente las verdades desconocidas antes pueden ser nuevas, las demás no son nuevas, son verdades y esto les basta para merecer toda clase de respetos.

La novedad del sistema del Sr. Dosamantes consiste en haber combinado un panteísmo caótico progresivo con el Dios-Humanidad de Auguste Comte.

Llega á este resultado después de combatir heroicamente á los místicos, á los materialistas, á los metafisi-

cos y á todos los sabios habidos y por haber, en cuanto no estén de acuerdo con su sistema darwinista, espírita, panteísta, positivista progresivamente.

Esta es la síntesis que se obtiene de la ley del progreso, como la concibe el autor, la cual, según él, es *causa eficiente del Universo*. (Pág. 9.) Esta ley se verifica constantemente en el Universo, luego es su causa eficiente. Todas las leyes generales del Universo se verifican constantemente; luego cualquiera de ellas es causa eficiente del Universo. El carácter general de las leyes universales, es el número: los números rigen al mundo: luego las leyes del número son la causa eficiente del Universo. Así discurrió la escuela pitagórica, á lo menos según su simbolismo conocido. Todos estos son sofismas de la misma especie que consisten en confundir las causas con los efectos. Nada de extraño tiene que quien asiente por base estos conceptos, diga después: "Entonces, á efecto del impulso que la fuerza diera á la *sustancia ductible del embrión*, procedente del más poderoso tipo vegetal, le imprimió lentamente las modificaciones reclamadas por las necesidades del poder anímico, que concretado individualmente desde el alga, venía actuando en la sustancia organizada, con persistente existencia. Como resultado, pues, de tales modificaciones, surgió el tipo intermediario entre el vegetal y el animal; tal es el zoófito, con el cual se abre la inmensa escala zoológica en cuyo término culminante y en el gran grupo de los vertebrados, encontramos al hombre." (Páginas 23 y 24).

Todo lo cual surgió espontáneamente, porque el

progreso es ley sublime, necesaria, causa eficiente y creadora, clave de todo.

La confusión que hace la obra del Sr. Dosamantes entre las causas y los efectos es notable, sobre todo, en esta proposición, que carece de pruebas: "Bajo este concepto vemos que el poder creador se manifiesta constantemente en relación con la forma sustancial que reviste, natural es decir, que cada ser en la naturaleza es al mismo tiempo causa y efecto."

Cuando digo que carece de pruebas me refiero á la última parte que no es consecuencia de la primera. Carece de pruebas, y no deben reputarse como tales una descripción de la escala de los seres, derivándose unos de otros progresivamente, porque esta será la enunciación de un hecho, no de su causa eficiente.

El autor mismo no se satisfizo con esta explicación y la completó con el *agente cósmico*; era preciso un gran poder de fe para engendrar este agente, y consta como todo dogma de fe, con su correspondiente *Creo*. Dice así: (Pág. 69).

"Creo, pues, que todo el infinito espacio está ocupado por la sustancia ó materia, y que ésta lleva en su seno un poder creador que la gobierna y que la impulsa al progreso. A este poder, que en su calidad de inherente á la materia no podría considerarse como á elemento distinto, puesto que solo se puede separar por abstracción, tengo que darle un nombre, y he aquí que estas cuestiones de palabra, me dificultan y me embargan extraordinariamente."

"¿Le llamo alma del Universo? Se me califica de

panteísta, y ofrezco que no voy á dar la vieja filosofía de la India."

"¿Le llamo fuerza? Se me tendrá por materialista, y vengo huyendo de las impotentes doctrinas de esa escuela."

"¿Qué hacer entonces? ¿Cómo le llamaré?"

"Pues, decididamente, le llamo *agente cósmico*. He consultado el Diccionario, y encuentro que á la palabra *agente* le han dado los señores lingüistas, en su primera y más genuina acepción, un significado altamente apropiado á las circunstancias de ese poder creador de que vengo hablando." Asentado así por el autor este dogma, como cuestión meramente lingüística, que le embarga y dificulta extraordinariamente, resulta que este poder creador que todo lo gobierna y lo impulsa al progreso, que es sustancia absoluta, que propiamente no es distinto de la materia, se subdivide para individualizarse en los orígenes de la vida orgánica, forma los *organismos persistentes*, y en la página 72 "esos *organismos persistentes*, constituidos por sustancias sutilísimas, escapan á nuestros sentidos en cuanto á su forma y en cuanto á su significación de germen individual; pero la suma colectiva de todos esos poderes, conservando en germen su individualidad, se ofrecen caracterizando diversas agrupaciones de fluidos que no vemos, pero que conocemos por sus efectos, que la física antigua llamó fluidos imponderables y la moderna los designa con el nombre de agentes físicos. Extraordinarios avances! ¡Cambios de palabras!"

Nada me ha parecido más serio y trascendental que lo que "El Perfeccionismo absoluto" considera como

meras cuestiones de palabras. Envuelve tres grandes cuestiones, que son: la existencia de Dios, la unidad de las sustancias del Universo, la unidad de las fuerzas que actúan en el mismo. Me propongo tratarlas en orden inverso al que están enunciadas.

El P. Secchi, en su obra monumental sobre la "Unidad de las fuerzas físicas" ha reunido todos los elementos que la ciencia moderna ha podido alcanzar sobre el primer problema, y de estos elementos, según puede comprobarse con la lectura de la obra citada, resulta la unidad de dichas fuerzas que en definitiva son vibraciones de la materia cuyo número entra en los cálculos de la ciencia, en la luz y en el sonido, y que no se han contado aún en el calor y la electricidad con la misma precisión, porque á más que acaso tengan mayor variabilidad, están menos sujetos á nuestros medios actuales de examen, y por los peligros que ocasiona su manejo. No queda duda, sin embargo, respecto de su naturaleza vibratoria análoga á la de la luz. Por tanto, los *organismos persistentes* nada tienen que hacer con estas fuerzas, y no es más que una humorada lingüística darles un trabajo que no se toman, y que basta que se ejerza en cualquier sustancia material.

Si las fuerzas orgánicas son ó no distintas de las fuerzas físicas, es un problema que aún no hay elementos científicos para resolver; y dar una conclusión sobre esto, es enteramente prematuro en filosofía y en ciencias exactas. Abierto está el campo de estudio sobre esta cuestión, y los que reúnan más datos sin espíritu sistemático para dilucidarla, serán los que más bien merezcan de la ciencia.

Hay por ahora un abismo al parecer insondable, entre las fuerzas que obran conscientemente y las fuerzas ciegas, entre la fuerza material sujeta á cálculos matemáticos y la fuerza intelectual y voluntaria, cuyo poder no está sujeto á cálculo y que puede muy bien ser de distinta naturaleza, como es de presumirse por sus efectos.

Ahora bien, si se quiere designar la totalidad de las fuerzas que actúan en el Universo con el nombre de *Agente cósmico, poder creador abstracto que todo lo gobierna y lo induce fatalmente al progreso*, esta será una manera puramente lingüística de eludir cuestiones sin resolverlas.

Debe observarse que el mismo autor elude explicar una objeción que resulta naturalmente de su sistema, y que consta en la pág. 76.

"Aquí es necesario que la razón se detenga, para examinar las evoluciones de los seres, bajo dos aspectos que establecen una profunda diferencia: tales son las evoluciones que emprendieran para su desarrollo, los seres que se crearon en los primeros períodos de la vida del planeta y las evoluciones que realizan en el presente los que tienen ahora nacimiento. Los primeros seres, en su desarrollo, tuvieron que modelar los tipos que habían de fijar los términos constitutivos de las escalas orgánicas; y los segundos, en sus evoluciones, encuentran ya establecidos estos términos."

Resulta que tenían más poder los primeros que los segundos en el mismo período de vida, y que en consecuencia, la ley sublime del progreso fué más eficaz al principio que ahora; mas esta es *peccata minuta* que re-

sulta de que en "estas variedades, había una que correspondía, en afinidad y por derivación, al tipo mineral que tras ensayos de constitución orgánica en las geométricas formas de las cristalizaciones, había alcanzado a realizar la forma de *protococcus*. Es de tal transcendencia el raciocinio que vengo haciendo, con relación a la aparición de los primeros seres orgánicos, que merece toda nuestra atención. Por lo tanto, examinemos la procedencia de ese fluido, que siendo masa inconcreta, iba a ser subdividido en porciones concretas, las que disciplinándose en el seno de los primitivos embriones que las absorbieran, formarían el germen indestructible de lo que en un inmenso tiempo futuro, llegaría a ser al espíritu humano."

El caso es que tuvo más poder el gorila que se transformó en hombre, que el hombre que aún carece de poder para transformarse en ser superior, y en esto precisamente se detiene la razón a estudiar las inconsecuencias de la ley del progreso, y que son mayores, a medida que se estudian más los orígenes de los seres, lo que el autor explica porque han desaparecido los seres intermediarios que fabricaron nuestros antepasados, lo cual quiere decir que como desapareció su obra, los demás que carecen de este poder, no lo han necesitado como los primeros, y por consiguiente, han sido más flojos que sus antepasados, y progresan más rápidamente sin necesidad de pisar los escalones que faltan, lo cual es una inconsecuencia del agente cósmico y de la ley del progreso y del poder creador, y que se explica, además, porque hay una relación afínísima entre la masa sólida y la masa fluidica en cada planeta,

como entre los gases y las materias sólidas, y por el placer que tuvo el autor en entrar en este género de consideraciones para examinar cómo "los elementos purificados, incorruptibles, no retrogradables, que sirven de base para las evoluciones ascensionales de los seres, más bien dicho, que constituyen su naturaleza esencial." Viene en seguida una descripción de lo que pasó y cómo pasó, y habla el autor como sigue, del origen de la vida: "Siguiendo estos tipos compuestos las evoluciones de su progreso, comenzaron a ensayar en los impulsos de su poder, la formación de organismos para la vida vegetativa. Después de alcanzar las formas regulares de las cristalizaciones, que son, por decirlo así, el prodromo de la forma orgánica, llegaron a producir ésta en el rudimentario y primitivo tipo del *protococcus*, y no en vano los inconscientes impulsos del superior tipo mineral, engendraron aquellos orgánicos gérmenes; pues ya en el elemento incorruptible de la atmósfera, existía el fluido que afin a la naturaleza de aquellas celdillas, respondía a la necesidad que pedía vida con la necesidad que en sí sentía de darla. Fluido que, derivado de la masa cósmica universal, había llegado en las evoluciones del esferoide, a constituir el más precioso elemento que surgiera de la tendencia natural hacia lo múltiple, a lo complejo, a lo armónico y a lo perfecto. Fluido en el cual se condensaban los gérmenes inteligentes, que imbibidos en el infinito seno de la madre naturaleza, existían de toda eternidad, pero en el estado de mayor simplicidad, y que, en el momento que describo, entraban en la vida de su desarrollo, comenzando su existencia or-

“gánica, por las más sencillas y rudimentarias formas.

“Efectuóse, pues, la absorción de dicho fluido, con-
cretóse en el seno de aquellos gérmenes del medio
“sólido, y el principio de la individualidad del ser que-
“dó constituido en aquel momento supremo.”

Y termino el primero de estos artículos críticos.

JOAQUIN CALERO.

II

Nos abstendremos de tratar de la unidad de la sus-
tancia, como pudimos haberlo hecho respecto de la uni-
dad de las fuerzas físicas, punto incidental en el “Perfec-
cionismo Absoluto” del Sr. Dosamantes, y que solo
tratamos para mostrar cuán caprichoso, absurdo y anti-
científico es el fundador del Perfeccionismo para propo-
ner teorías; y trataremos el punto capital de la doctrina,
que es el monstruoso *agente cósmico*, la semi-inconscien-
te é indisciplinada y progresiva causa creadora, destinada
á ordenarse en el porvenir por la Humanidad-Dios
que producirá la perfección absoluta.

En este punto único es donde el Sr. Dosamantes
se encontró en desacuerdo con uno de sus críticos, el
Sr. D. Juan Valera. Puede estar seguro el fundador del
Perfeccionismo, que éste será el punto en que todos
estarán de acuerdo para combatirlo. Y que no le valdrá
hacer variantes de la parte declamatoria de su obra,
en que trata con *odiosa* dureza á los místicos, con des-
precio *insolente* á los metafísicos, y con *petulante* com-
pasión á los materialistas; porque esta parte de su obra,

por más que la repita, nunca dejará de ser lo que es:
ingeniosa, pero desnuda de razón.

Los calificativos que damos al agente cósmico y á
la causa creadora, nada tienen de arbitrarios ni de ca-
prichosos, como los que emplea el Sr. Dosamantes
contra los que no aceptan ni su agente ni su causa crea-
dora. El emplea epítetos personales y ofensivos, por
el carácter que les da él mismo en su obra; y yo em-
pleo calificativos impersonales, que se refieren á las
bases de su sistema, deducidos del sistema mismo.

Dejamos dicho que el *agente cósmico* es monstruoso.

Su monstruosidad y aun los demás calificativos que
damos á la causa creadora, se deducen de estos con-
ceptos del autor: “La causa creadora no precedió al
“Universo en su formación, con los atributos de una
“perfección absoluta, y más aún, semejante perfección
“todavía no se realiza; pero el progreso nos augura
“que llegará á tan sublime término.”—Página 217.
“Agente y sustancia cósmicos, han existido en toda
“eternidad.”—la misma página. “Solo la baja y rastrera
“abyección del hombre, que ha ensalzado á sus tira-
“nos y que ha lamido con vileza la planta al pié de
“sus verdugos, puede haber cohonestado la existencia
“de un *ente soberano*, con el cúmulo de crueldades que
“las *ciegas, torpes y primitivas evoluciones de los elemen-*
“*tos*, producen en su desarrollo.”—Página 227. “Pero
“el asombro disminuye y desaparece la idea del plan
“preconcebido, y se explica la existencia de lo fortuito
“y monstruoso, desde el momento que con el auxilio
“de las ciencias nos remontamos á lo simple naciente
“y primitivo.”—Página 235.

Por esta muestra, deducirá el Sr. Dosamantes que hemos leído su obra y que cada palabra que empleamos y las que emplearemos para combatirle y juzgarle, están concienzudamente meditadas, aunque le parezcan ligeras apreciaciones muchas de las nuestras.

Niega vd. la existencia de Dios por sustitución, sustituye á la hipótesis deísta por la de una causa bastante para hacer el Universo inconscientemente, causa impersonal hoy y colectiva en el porvenir, consciente para entonces y disciplinada. Juzga vd. esta concepción más natural, menos metafísica y más científica, que la hipótesis deísta.

Le tiene vd. tal odio á lo sobrenatural, que basta su odio de vd. para anonadarlo. Suponga vd. que existiera y que vd. lo odiara: ¿dejaría de existir por la fuerza afectiva del odio de vd.? ¿sería razón para que no existiera? ¿Por qué si no se encuentra en su obra otra razón contra la existencia de lo sobrenatural que este odio caprichoso, se asombra vd. de que á otros no les produzca la misma impresión que á vd.?

Vd. confunde lo metafísico con lo falso y anti-científico. ¿No le parece á vd. que hay cosas metafísicas verdaderas y también falsas? Luego el que una concepción sea metafísica, nada arguye contra ella.

Si por científica una concepción, se quiere decir la que se pueda confirmar experimental ó racionalmente, la concepción deísta es tan científica como las matemáticas; porque se razona perfectamente, y los que no la aceptan, no es por irracional, sino porque no quieren estudiarla bien.

No hemos de acudir al misticismo, que es el fanatis-

mo de la adoración al Ente Soberano. Para combatir á vd. nos bastaría tratar á vd. con el mismo insolente desprecio con que trata vd. á los metafísicos, para luchar con armas iguales, puesto que un desprecio se contesta con otro desprecio.

Dice vd. que los argumentos metafísicos son armas de convención que por medio de palabras cabalísticas demuestran lo que quieren. Pero esto, Sr. Dosamantes, es una apreciación de vd., injusta por una parte, y por otra, que no prueba nada contra los argumentos metafísicos, como tampoco prueba nada contra los razonamientos matemáticos, el que por medio de letras, signos, coeficientes, exponentes, logaritmos, fórmulas y operaciones, que no están al alcance de los ignorantes en la materia, se llegue á demostrar ciertos teoremas.

Si las fórmulas filosóficas son el resultado de una serie bien seguida de razones y de observaciones, y se puede por medio de ellas demostrar la existencia de Dios, vd. declamará mucho contra las formas cabalísticas, y lo sobrenatural y lo metafísico, y se quedará declamando, pero sin provecho y sin utilidad.

Vd. sabe bien lo que han conseguido los materialistas con el mismo sistema de vd. en este punto; que vd. los desprecie y ellos á vd. y á su agente cósmico.

Suponga vd. que los deístas tengan á Dios por sobrenatural, que crean que obra en la naturaleza por medio de leyes inmutables, justas, sabias, perfectas, absolutas; y supóngalos vd. que se explican perfectamente las aparentes anomalías de la naturaleza, de conformidad con estas mismas leyes. En esta suposición, cree vd. que no le contestarían perfectamente á estas pre-

guntas de vd: “¿Por qué es remisa la causa *personal* y *suprema* para dominar el mal? ¿Por qué orgullosa y despóticamente nos desprecia y nos ve como á míseros gusanillos, habiendo puesto en nuestra alma la aspiración á lo justo, á lo bello, á lo grande, á lo absoluto, á lo eterno é infinito? ¿Por qué puso en nosotros la facultad de razón y se ofende cuando de ella hacemos natural empleo? ¿Por qué no excluyó de su obra lo fortuito y lo monstruoso? ¿Para qué la existencia malograda del niño que murió al nacer?”

Y una vez supuesta la contestación que puede vd. ver en libros que conoce perfectamente, resulta que Dios no se ha ofendido porque vd. le llame orgulloso, déspota, injusto, imprevisor, y autor de cosas inútiles.

Su “Perfeccionismo Absoluto” está fundado en el agente cósmico, y la causa creadora y la ley del progreso; pero no da prueba alguna, ni racional ni experimental, de las bases de su sistema: se limita á exponer las dichas bases, y por esa razón ha dicho á vd. con justicia el Sr. D. Juan Valera, que su sistema distrae pero no convence; esto es, que entretiene como toda exposición sencilla; pero no convence, porque carece de fundamentos.

Descendiendo á los detalles, se le podrían señalar inconsecuencias, y grandes, que destruyen su sistema por la base fundamental. Sea, por ejemplo, la de la página 76: “Aquí es necesario que la razón se detenga para examinar las evoluciones de los seres, etc.,” en que al dar vd. mayores energías á la causa creadora en las épocas primitivas, que al presente, contradice vd. abiertamente la ley del progreso.

De Augusto Comte ha tomado vd. precisamente lo que ninguno de sus sectarios sabios acepta: el Dios-Humanidad. Mejor pasan por ateos, que por aceptar esta idea de su maestro. Aceptan el positivismo científico y político; pero han olvidado, y acaso desprecien, la parte mística que vd. se honra en resucitar. Ellos se encargarán de la tarea de enseñarle á vd. por qué motivos no han seguido en esto á su maestro; y acaso también, de dejar intacto para vd. lo único original de su sistema, el agente cósmico, con todos los honores de la invención y del descubrimiento.

Cuentan que un gran compositor dijo al oír cierta ópera de Verdi, que había en ella mucho bueno y mucho nuevo; solo sí que lo nuevo no era bueno y lo bueno no era nuevo; y nosotros diremos que en la obra de vd. lo bueno no es nuevo, y hay malo también viejo, y es malo, además, todo lo nuevo; que no carece vd. de ingenio y de habilidad para declamar contra los que no piensen como vd.; que los clasifica como le place; les da epítetos despreciativos, hace vd. de su comunión á los grandes hombres que quiere, porque así lo quiere; y se desfogó contra los otros, lo que es de mucho efecto en la política, pero que en filosofía no es práctico y á nada conduce.

¿Qué le habría vd. contestado á D. Juan Valera, si no hubiera vd. hecho *mutatis mutandi*, las mismas declamaciones que están en su obra, contra los fanáticos, los misterios y los metafísicos, y que ya habían divertido al escritor español, pero no le habían convencido?

Un sistema que se llama *Perfeccionismo absoluto*, y que no da una idea, ni de lo que es absoluto ni de lo

que es relativo, está escaso en la exposición misma.

Nos hemos devanado los sesos por averiguar qué idea tiene de lo absoluto el autor del sistema, y no lo sabemos. En nuestro concepto, no tiene idea fija de lo que es, ni es conveniente que la tenga, porque era capaz de declararse Dios y ordenador del agente cósmico, por derecho de invención. Los fetiches de la humanidad salvaje eran personales, el gran fetiche que se llama agente cósmico, hoy es impersonal y asbtracto; pero llegará con el tiempo á ser perfecto, personal, colectivo y Humanidad-Dios, y en esto ha consistido la evolución que hacen realizar á las ideas, el Sr. Dosamantes y los que se honren en cooperar á la fabricación del Dios futuro.

JOAQUIN CALERO.

III

La ciencia metafísica estudia las cuestiones ontológicas, psicológicas, la teodicea, la creación, el destino del alma, el origen de las ideas, y generalidades sobre el espacio y el tiempo. Sin ninguna repugnancia se han ocupado de estas cuestiones grandes sabios, honra de la humanidad por su genio, y lo que es asombroso, todos los sistemas filosóficos, aún los que más horror tienen á la metafísica, inclusive el Sr. Ceballos y Dosamantes, de que nos ocupamos en estos artículos. Nada más natural: estas cuestiones son los elementos de toda filosofía fundamental, y por consiguiente, repugna tratarlas, ó motejar despreciativamente á quienes las tratan,

sobre argüir inconsecuencia, puede considerarse una falta de caridad, muy cerca de la mala fe, si no la disculpa algún *trastorno de facultades mentales*; lúcidas, por otra parte, en lo general.

Esbrillante la exposición que hace el Sr. Dosamantes aplicando las doctrinas de Darwin á su sistema, y generalizando estas teorías hasta donde las generaliza el espiritismo kardeciano. Las cuestiones psicológicas las trata después la obra del "Perfeccionismo," bajo el punto de vista que Allan Kardec, aunque disfrazando el origen de sus estudios con otra terminología, sin que por esto hayan perdido nada de su mérito: están tratadas de una manera científica y que honra á su autor.

Mucho y muy bueno podría contestarle un sabio materialista que le dijese, que en esta parte de su obra, no se había emancipado de *las preocupaciones de la humanidad niña*, pretendiendo ver en fenómenos biológicos materiales, hechos hijos de esa preocupación absurda que llaman los metafísicos espíritu; y está persuadido el Sr. Dosamantes de que todo lo que en este punto expusiese el materialista sistemático, sería declamación sin ningún fundamento, y que señalaría el sofisma que cometería el materialista al atribuirle comunión de ideas con Felipe II y Torquemada y otros muchos espiritualistas que han existido, para escarmiento de materialistas.

Las contestaciones que vd. daría en este caso, no hay inconveniente, ni vd. tampoco lo encontrará, en suponer haberlas recibido, de los deistas, imbuidos en *esta preocupación de la humanidad niña*, que pretenden ver en el Universo la obra preconcebida de un Autor,

y en las leyes que lo rigen, una Voluntad Suprema, Sabia, Inmutable y Providente.

A las simples negaciones del materialista, á sus confusas explicaciones, opondría vd. las pruebas de la existencia del espíritu, lo mismo que podrían los deístas oponer, á su *agente cósmico y causa creadora*, y á sus simples negaciones y sus confusas explicaciones, las pruebas elementales de la existencia de Dios, y además deducirlas de su obra misma, en donde están inconscientemente para vd.; porque en esto de la inconsciencia, y de la inconsecuencia, es vd. por el estilo de su *agente cósmico en los momentos de sus primitivas evoluciones*.

Usted dice que el plan del Universo acusa una inteligencia suprema, tanto como es imposible concebirla; que como la causa creadora no es solo admirable, mejor es contenerse en los límites de lo admirable.

Usted dice que no hay un poder superior, capaz de contrarrestar á las fuerzas ciegas de la naturaleza, y que quien poseyese este poder sería omnipotente.

Dice vd. refiriéndose á la ley del progreso, cuáles son los atributos de todas las leyes que rigen el Universo; y con estas afirmaciones, habla vd. en prosa, sin saberlo, como aquel célebre personaje de Molière: publica vd. pruebas de la existencia de Dios.

Ya en el artículo anterior se habrá enterado de que no estamos en disposición de dar á vd. respuestas que pueda leer en libros que conoce, y donde están contestadas todas las dificultades que vd. opone á la existencia de Dios.

El ente abstracto que vd. propone para sustituirlo,

es contradictorio en su noción misma. Lo abstracto no es más que el resultado de una función psicológica; todos los entes son concretos, tienen sus cualidades esenciales, y la función de abstraerlas, no es cualidad que les pertenezca, sino una manera que tenemos de estudiar. Las entidades abstractas, vd. mismo lo dice, no tienen existencia personal, no son entes, son concepciones de la inteligencia. Por eso le hemos dicho que *agente cósmico* es una concepción absurda y anticientífica. Pero debe vd. comprender que estas cuestiones no son tan vulgares que no se extravíen por ellas aun personas de tan clara inteligencia como vd., y que se leerá una discusión sobre esta materia, con deleite, por muy pocos individuos; y como no nos hemos querido constituir en maestros, estúdielas donde le acomode, y luego que ya hable en términos más científicos, su obra divertirá menos y enseñará más.

JOAQUIN CALERO.

IV

Al hablar en el artículo anterior de enajenación de facultades mentales, omitimos atribuirle al espíritu sistemático, y como podría tomarse en sentido ofensivo este concepto, sin esta rectificación, ó mejor dicho aclaración, téngala por hecha el Sr. Dosamantes á quien no es nuestro ánimo ofender.

La teoría naturalista del "Perfeccionismo Absoluto," puede resumirse en estos términos:

Los elementos simples, primitivos y eternos del caos